

## L'intermezzo

Publicado por: Heinrich Heine

Publicado el : 5-7-2013 15:52:59

### Preludio

Es en el antiguo bosque,  
Es en la selva encantada;  
Se respira, el grato aroma  
Que la flor del tilo exhala,  
Y fulgor maravilloso  
De la luna solitaria,  
Mi corazón va llenando  
De delicias olvidadas.  
Andando voy, y a mi paso  
El aire rompe su calma:  
Es el ruiseñor que amores  
Y penas de amores canta.  
Canta el amor y sus penas,  
Sus delicias y sus lágrimas;  
Y llora tan tristemente,  
Gíme con dulzura tanta,  
Que mil sueños olvidados,  
En mí mente se levantan.  
Sigo andando, y en un claro  
De la selva abandonada,  
Ante mí miro un castillo  
Que alza sus viejas murallas.  
Cerradas miré las rejas,  
Todo era tristeza y calma;  
Creí que tras de los muros

Sólo la muerte habitaba.  
Vi una esfinge misteriosa  
Ante la puerta parada,  
Cuyo aspecto a un tiempo mismo  
Atraía y espantaba:  
De león era su cuerpo,  
De león eran sus garras,  
Y de mujer su cabeza,  
Sus flancos y sus espaldas.  
¡Una hermosa prometía  
Deleites con su mirada;  
De sus labios arqueados,  
En la sonrisa, vagaban  
Promesas halagadoras,  
Misteriosas esperanzas.

¡El ruiseñor en el bosque  
Tan dulcemente cantaba!  
Resistir no me fue dado,  
Y desde que en hora infausta  
Sellé con un beso ardiente  
Aquella boca de lava,  
Por un encanto invisible  
Miré sujeta mi alma.  
Viva tornose de pronto  
Aquella marmórea estatua:  
Suspiros, tiernos suspiros  
De su pecho se escapaban,  
Y con sed devoradora,  
Anhelante, apresurada,  
Bebió de mi ardiente beso

La devastadora llama.  
Vi que hasta el último soplo,  
De mi vida ella aspiraba,  
Y que jadeante de goces,  
Entre sus robustas garras  
Mi pobre cuerpo cansado  
Oprimía y desgarraba.  
¡Goce y placer infinitos!  
¡Dulce angustia! ¡Dicha amarga!  
Mientras que de aquella boca  
Los besos me embriagaban,  
Sus duras uñas mi cuerpo  
Sembraban de rojas llagas.  
-«¡Oh bella esfinge! ¡oh amor!  
-El ruiseñor lejos canta.  
-¿Por qué, di tantos dolores  
A nuestras dichas enlazas?»  
Revélame el triste enigma,  
¡Amor! ¡esfinge adorada!  
Que hace muchos, muchos siglos  
Que en ellos piensa mi alma!»-

I

En mayo, cuando los gérmenes  
Revientan de vida llenos,  
Cuando brotan las semillas,  
Brotó el amor en mi pecho.  
En mayo, cuando las aves  
Entonan sus cantos bellos,  
Confesé a mi dulce amada  
Mi pasión y mis deseos.

II

Mis lágrimas se truecan  
En perfumadas flores,  
Se tornan mis suspiros  
Canoros ruiseñores;  
Las flores, si me quieres,  
Te entregarán su cáliz perfumado,  
Y dejará escuchar ante tus rejas,  
El ruiseñor su canto enamorado.

III

Aves y luces y flores  
Otras veces amé yo;  
Tú eres hoy mi amor tan solo,  
Niña de mi dulce amor;  
Tú, que eres a un mismo tiempo  
Para mi ardiente pasión  
La estrella, y el blanco lirio,  
Y la paloma, y la flor.

IV

Olvido mis sinsabores  
Cuando contemplo tus ojos,  
Y embriagado de amores,  
Al besar tus labios rojos  
Cesan todos mis dolores.  
Si en tu seno me reclino,  
Me embarga goce divino;  
Mas ¡ay! si dices «te amo,»  
La frente en silencio inclino  
Y amargo llanto derramo.

V

Ven y apoya tu semblante  
Sobre mi semblante yerto,  
Para que en una se fundan  
Las lágrimas que vertemos.  
Tu corazón contra el mío  
Aprieta en abrazo estrecho,  
Para que abrasarlos pueda  
La llama de un solo fuego.  
Y cuando de nuestro llanto  
Corra el torrente deshecho  
Sobre la llama que ardiente  
Va nuestro ser consumiendo;  
Y cuando ciña mi brazo  
Tu talle leve y esbelto,  
En un trasporte de dicha  
Espiraré satisfecho.

VI

Quisiera que mi alma amante  
Guardara de un blanco lirio  
La corola perfumada,  
Y que la flor anhelante  
Entonara en su delirio  
Una canción a mi amada.  
Temblar la canción debía  
Y en círculos palpitantes  
Agitarse misteriosa  
Como el bezo de ambrosía  
Que en horas ¡ay! ya distantes  
Me dio su boca de rosa.

VII

Siglo tras siglo, en la altura  
Inmóviles las estrellas,  
Al llegar la noche oscura  
Se miran tristes y bellas  
Con amorosa dulzura.  
Su lenguaje luminoso  
Por el espacio se extiende,  
En el nocturno reposo,  
Mas ningún sabio comprende  
Su lenguaje misterioso.  
Yo entiendo su voz callada  
Y siempre la entenderé,  
Que en el rostro de mi amada  
Y en la luz de su mirada  
Mi diccionario encontré.

VIII

Yo te llevaré, bien mío,  
Sobre el ala de mis cantos,  
Te llevaré hasta las frescas  
Márgenes del Ganges sacro;  
Que allí conozco un retiro  
Misterioso y solitario.  
Un jardín allí florece,  
Un jardín abandonado,  
De la luna misteriosa  
Bajo los serenos rayos;  
Y en él, las flores del loto  
Su hermana están esperando  
Rien allí los jacintos  
Y contemplan a los astros,  
Y al oído se refieren  
Las blancas rosas, en tanto,  
Murmuraciones gozosas

Y sucesos perfumados.  
Las inocentes gacelas,  
Por escuchar sus relatos,  
Se van con ligera planta  
Hasta el jardín acercando,  
Y en los azules confines  
Del horizonte lejano  
Solemnes ruedan las aguas  
Del turbio río sagrado.  
Allí, bajo las palmeras,  
Detendremos nuestros pasos,  
Y su sombra misteriosa  
Llevará hasta nuestros párpados  
Sueños de calma inefable  
Y de celestial encanto.

IX

Soportar no puede el loto  
Del sol los claros fulgores,  
Y con la frente inclinada  
Soñando espera la noche.  
La luna, que es su adorada  
Lo despierta con sus rayos,  
Y él descubre ante sus besos  
Su semblante perfumado.  
Y la mira y se enrojece,  
Y se eleva ante la brisa,  
Y llora y gime de amores  
Agonizante de dicha.

X

Por las ondas retratada  
Del Rhin, que la ciñe amante,  
Se alza la torre elevada,  
De la catedral gigante  
De Colonia la sagrada.  
Dentro del templo sagrado  
Y sobre cuero dorado  
Hay pintada una figura:  
Ella mi existencia oscura  
De fulgores ha llenado.  
Entre ángeles y entre flores  
Sonríen sus labios rojos,  
Y sus ojos seductores  
Son iguales a los ojos  
Del ángel de mis amores.

XI

No me quieres, no me quieres,

Y no llores tu desdén;  
Mientras yo vea tus ojos  
Más feliz que un rey seré.  
Que me aborreces me dicen  
Tus rojos labios, ¡mi bien!  
Déjame besar tus labios  
Y así me consolaré.

XII

¡Oh! no jures y abrázame tan sólo;  
No creo en juramentos de mujeres.  
Dulce es tu voz, ¡mi bien! pero es más dulce  
El beso que arrebató a tus desdenes.  
Yo te poseo, y juzgo las promesas  
Soplo vano que el viento desvanece.  
Yo creo en tus palabras de consuelo;  
¡Oh! jura, amada mía, jura siempre;  
Yo me juzgo dichoso al reclinarme  
Sobre tu seno de animada nieve;  
Yo creo, luz de la existencia mía,  
Que me amará tu pecho eternamente,  
Y todavía aun más, si el pensamiento,  
Algo más que lo eterno soñar puede.

XIII

Sobre los ojos de mi bien amada,  
¡Cuántos hermosos cantos he escrito!  
¡Cuánto terceto dulce  
Hice a la boca de mi bien querido!  
¡Y qué canción tan tierna y tan hermosa,  
Qué espléndido soneto  
A su infiel corazón escrito hubiera,  
Si un corazón guardara allá en su pecho  
Si un corazón allá en su pecho tuviera  
Si ella en su pecho guardara mi corazón.

XIV

Cada día es el mundo más absurdo.  
¡Es estúpido el mundo! ¡el mundo es necio!  
De ti dice, pequeña hermosa mía,  
Que es irascible y desigual tu genio.  
Peor a cada instante te conoce;  
¡Es estúpido el mundo! ¡el mundo es necio!  
No sabe cómo enervan tus abrazos  
Y cómo abrasan tus ardientes besos.

XV

Preciso es que tú hoy al fin me lo confieses.  
¿Eres acaso tú vano delirio,

Sueño que del cerebro del poeta  
Nace en las tardes del ardiente estío?  
Pero no, que una boca tan riante,  
Que miradas tan dulces y tan tiernas,  
Que un sér tan cariñoso, un ser tan bello,  
Jamás pudo crearlos el poeta.  
Basílicas, dragones y vampiros,  
Endriagos y animales fabulosos,  
Del poeta la ardiente fantasía  
Deshacer y crear puede a su antojo.  
Pero tú y tu malicia encantadora,  
Y tu cara riante y hechicera,  
Y tus dulces y pérfidas miradas  
Jamás pudo crearlas el poeta.

XVI

En todo el esplendor de su hermosura  
Como Venus saliendo de las ondas,  
Brilla hoy mi amada en toda su belleza,  
Celébranse hoy sus bodas.  
¡Paciente corazón! ¡corazón mío!...  
No le guardes rencor por sus traiciones;  
¡Sufre y perdona a tu adorada loca,  
Tus horribles dolores!

XVII

Rencor yo no te guardo,  
Aunque mi pecho herido se desgarrar.  
¡Mi dulce amor perdido para siempre!  
El tocado nupcial hoy te engalana,  
Pero ni un solo rayo de tus joyas  
Ilumina la noche de tu alma.  
Lo sé hace mucho tiempo;  
Yo te he visto flotar en mis delirios;  
El fondo vi de tu alma, vi los áspides.  
Que allí serpean con ardor sombrío,  
Y cómo tú en el fondo desdichada  
Eres también, amada mía, he visto.

XVIII

Si tú eres desdichada, y te perdono,  
¡Ambos debemos ser desventurados!  
¡Hasta que al fin la muerte nos sorprenda.  
Debemos ser desventurados ambos!  
Veo la mofa, que voltea alegre  
En torno de tus labios;  
Veo el brillo insolente de tus ojos;  
Veo el orgullo hinchando  
Tu seno, y «miserable, miserable

Eres cual yo» me digo sin embargo.  
Tus labios mueve sufrimiento oculto:  
Duerme una amarga lágrima en tus párpados  
Y en quejas tristes de secreta pena  
Está tu seno altivo rebosando:  
¡Amada de mi vida,  
Los dos debemos ser desventurados!

XIX

¿Acaso ya has olvidado  
Que fue mío en otro tiempo  
Tu pequeño corazón?  
Tan bello y falso, que nada  
Ni más falso ni más bello  
Nunca en el mundo existió.  
¿Acaso ya has olvidado  
Cuando a la par mi existencia  
Minaban pena y amor?  
No sé decir si más grande  
Era el amor o la pena;  
Sé que eran grandes los dos.

XX

Si supieran las flores  
Cuán triste y lacerado  
Está mi corazón, derramarían  
De sus perfumes, en mi herida, el bálsamo.  
Si supieran las aves  
Cuán triste y cuán enfermo  
Estoy, alegres cantos  
Dieran, por distraer mi pena, al viento.  
Si las estrellas de oro  
Conocieran mi pena,  
El cielo dejarían y a prestarme  
Consuelos de fulgores descendieran.  
Pero ¡ay! que nadie puede  
Conocer mi quebranto;  
Ella sólo lo sabe,  
Ella, que el corazón me ha destrozado.

XXI

¿Por qué, dí, me dijiste, están las rosas  
Tan pálidas? ¿Por qué?  
¿Por qué en el verde césped las violetas  
Tan marchitas se ven?  
¿Por qué en el aire canta  
Con voz tan melancólica la alondra?  
¿Por qué los bosquecillos de jazmines  
Dan a las brisas funerario aroma?

¿Por qué con luz tan triste y tan helada  
El sol el prado alumbra?  
¿Por qué la tierra toda  
Sombria y gris está como una tumba?  
¿Por qué estoy yo tan triste y tan enfermo?  
Amada de mi vida, dímelo.  
Oh, dime, sí, ¿por qué me abandonaste,  
Amada de mi ardiente corazón?

#### XXII

¡Cuánto aumentaron mi pesada cuenta  
Con sus quejas, mi amor!  
Mas lo que abrumba en realidad mi alma  
No te lo han dicho, no.  
Ante tí la cabeza sacudieron  
Con aire grave y docto,  
Y me llamaron «diablo» en tu presencia  
Y lo creíste todo.  
Y con todo, ¡mi bien! lo más amargo,  
Eso no te lo han dicho;  
Lo peor, lo más necio, lo más triste,  
Está en mi corazón bien escondido.

#### XXIII

Los tilos florecían  
Cantaba el ruiseñor;  
Reía en el espacio  
Alegre el claro sol;  
Tu brazo contemplaba  
Ceñido en torno mío,  
Y alegre me estrechaste contra el pecho,  
Por el amor y la ventura henchido.  
Caían ya las hojas;  
Crecían los arroyos;  
El sol nos contemplaba  
Con apagados ojos,  
Helados nuestros labios  
Un frío «adiós» dijeron,  
Y tú me hiciste con gentil finura  
El más ceremonioso cumplimiento.

#### XXIV

Mucho, mí bien, nos hemos adorado,  
Y con todo, jamás nos ofendimos.  
Siendo niños, hermosa, cuántas veces  
A la mujer jugamos y al marido,  
Y nunca. sin embargo, en nuestros juegos  
Quedamos disgustados ni aburridos.  
Más tarde, en los azares de la vida

Hemos gozado juntos y reído,  
Y tiernos besos como en otros días  
Sellaron a la par nuestro cariño.  
Por último, el recuerdo despertando  
De la niñez dichosa, que perdimos  
Jugando al escondite, las praderas  
Y la selva y el bosque hemos corrido,  
Y escondernos supimos de tal modo  
Que nunca hemos de hallarnos, dueño mío.

XXV

Fuiste fiel a mi amor; por mucho tiempo  
Interés inspiráronte mis penas,  
Y amante, consolaste y asististe  
Mi dolor y mi angustia y mis miserias.  
Tú me diste manjares y bebidas;  
Tú llenaste mi bolsa de dinero,  
Y ropa y pasaporte para el viaje  
Me preparaste con celoso anhelo.  
¡Amor mío! que Dios por muchos años  
Te preserve del frío y del calor,  
«Y que nunca del bien que tú me has hecho  
Te recompense Dios.»

XXVI

Mientras yo mi regreso retardaba  
En tierra extraña delirando loco,  
Parecióle a mi bien larga la espera,  
Mandóse preparar nupcial adorno,  
Y el arco amante de sus lindos brazos  
Al más necio tendió de los esposos.  
¡Es mi amada tan dulce y tan hermosa!  
Aun su imagen fulgura ante mis ojos;  
De los suyos, las frescas violetas,  
Las rosas inmachitas de su rostro,  
Y el lirio de su frente inmaculada  
Florecientes se ven el año todo.  
Creer que pude alejarme yo del lado  
De ser tan celestial y tan hermoso;  
Creer que alejarme pude, fue el más grande  
Y necio error de mis errores todos.

XXVII

Angel de mis amores, cuando duermas,  
En la fosa sombría,  
Yo bajaré a tu lado, y en tu tumba  
Me clavaré en silencio de rodillas.  
Con fuerte abrazo te sujeto, loco;  
Tú estás muda y helada;

Gemidos palpitantes y suspiros  
En confuso rumor mí pecho exhala.  
Es media noche: en grupos pavorosos,  
Los muertos van danzando;  
Sólo en el fondo de la tumba helada  
Nosotros quedaremos abrazados.  
Y cuando llame la eternal trompeta  
Los muertos al tormento o a la dicha,  
Nosotros en la tumba quedaremos  
Para siempre abrazados vida mía.

XXVIII

Un pino se alza en la cumbre  
De un monte del Norte helado.  
Sueña; la nieve y el hielo  
Lo envuelven con su sudario.  
Sueña con una palmera  
Que en el Oriente lejano,  
Se alza solitaria y triste  
Sobre un peñón abrasado.

XXIX

-¡Ay! si yo fuese -la cabeza dice-El  
escabel tan sólo de tus plantas,  
Me hollarían tus pies, y de mis labios  
Ni una queja tan sólo se escapara.  
-¡Ah! -dice el corazón- si el acerico  
Fuese yo donde clava sus agujas,  
Sangre me arrancarían sus punzadas,  
Y tal dolor juzgara yo ventura.  
-¡Ah! si el roto papel -la canción dice-Fuera  
yo con el cual sus trenzas riza,  
¡Cuán quedo, en sus oídos murmurara  
Cuanto vive en mi sér y en mí respira!

XXX

De mi labio huyó la risa.  
A la par que ella de mí;  
A mi lado llueven chistes,  
Pero no puedo reír.  
Tampoco el llanto a mi pecho  
Consuelo le presta ya;  
Mi corazón se desgarrar,  
Pero no puedo llorar.

XXXI

De mis penas voy formando  
Mil canciones, que agitando  
Su bello plumaje de oro,

Al corazón van volando  
De la que sufriendo adoro.  
Y después que allí han llegado,  
Tristes vuelven a mi lado  
Y se aumenta mi aflicción,  
Y no dicen qué han hallado  
Dentro de su corazón.

XXXII

Olvidar jamás yo puedo  
Mi amor, mi dulce adorada,  
Que fueron en otros días  
Míos tu cuerpo y tu alma.  
Yo aun quisiera de tu cuerpo  
La esbeltez encantadora  
Poseer; pero tu alma,  
Tu alma, niña, es otra cosa;  
Que la entierren si les place...  
¡Me basta la mía sola!  
Mi alma, ¡amor de mis amores!  
Que yo en dos partir deseo,  
Infiltrar media en tus venas,  
Y unirme a ti en lazo eterno,  
Para formar para siempre  
Un todo de alma y de cuerpo.

XXXIII

Gentes endomingadas se pasean,  
Por bosques y por prados,  
Con gritos de alegría y con cabriolas  
La natura esplendente saludando.  
Miran con dulces ojos la romántica  
Flora que nace, los verdores nuevos;  
Van del gorrión la lenta melodía  
En sus largas orejas absorbiendo  
Yo en tanto, triste, en mi ventana corro  
Cortinaje sombrío;  
Me vale en pleno día una visita  
De mis espectros ¡ay! siempre queridos.  
Mi muerte amor también al cabo llega;  
Viene del reino en que la sombra vaga,  
A mi lado se sienta, y en silencio  
Mi pecho traspasando van sus lágrimas.

XXXIV

Imágenes venturosas  
De los tiempos de mi dicha  
Salen de la tumba, y veo  
Cuál fue, junto a ti, mi vida.

Soñando yo por las calles  
Vagaba durante el día;  
Con lástima y con espanto  
Los vecinos me veían.  
¡Tan demacrado y tan triste  
Mi semblante aparecía!  
Era mejor por la noche,  
Desiertas las calles frías,  
Errábamos yo y mi sombra  
En callada compañía.  
Con paso sonante el puente  
Midiendo mis plantas iban;  
Traspasando con sus rayos  
Las nevadas nebecillas,  
La luna me saludaba  
Con seria melancolía.  
Ante tu ventana inmóviles  
Mis plantas se detenían,  
Y tu ventana mirando,  
Sangre el corazón vertía.  
Yo sé bien que muchas noches  
Desde tu ventana, niña,  
Me has mirado, y que has podido  
Ver, a la luz indecisa  
De la alta luna, mi sombra  
Como una columna flia.

XXXV

Un joven ama a una niña  
Que de otro ansía el amor,  
Pero éste se une con otra  
En quien cifra su ilusión.  
Con cualquiera se une entonces  
La olvidada, en su rencor,  
Y la pena hiere el pecho  
Del que primero la amó.  
Vieja historia que renace  
Del mundo entre el ronco hervor,  
Y que a aquel a quien sucede  
Le destroza el corazón.

XXXVI

Cuando llega hasta mi oído  
La canción ¿ay que mi amor  
Cantaba en tiempo que ha huido,  
Paréceme que rendido  
Voy a morir de dolor.  
Una aspiración oscura,  
Del bosque triste a la altura

Con fuerza extraña me guía,  
Y allí, en llanto de amargura  
Se trueca la pena mía.

XXXVII

Soñé: era una princesa de mejillas  
Frescas, húmedas, pálidas.  
Bajo los verdes tilos reclinados,  
Nuestros amantes brazos se enlazaban.  
-El trono de tu padre no deseo,  
Ni su cetro de oro ,  
Ni ansío su corona de diamantes:  
Yo quiero, flor de amor, tu amor tan sólo.  
-«No es posible, -me dijo;- de la tumba  
Yo habito el fondo helado.  
Sólo de noche a ti venir yo puedo,  
Y vengo porque te amo.»

XXXVIII

¡Eterno amor de mi vida!  
Era una noche serena;  
Sentados juntos estábamos  
En una nave ligera,  
Y cruzábamos en calma  
Por mar tranquila é inmensa.  
Las islas de los espíritus  
Dibujaban sus riberas  
Bajo la luz de la luna,  
Que el éter cruzaba lenta;  
Llegaban de allí las brisas  
De dulces acordes llenas,  
Y allí nebulosas danzas  
Cruzaban el cielo aéreas.  
Los misteriosos sonidos  
Cada vez más dulces eran;  
A cada instante la danza  
Cruzaba más placentera,  
Y ¡ay! sin embargo, nosotros,  
Devorados por la pena,  
Sin esperanza bogábamos  
Por aquella mar inmensa.

XXXIX

Te amé, y te amo todavía,  
Y si el mundo sucumbiera,  
Entre su ruina ardería  
Y hasta el cielo subiría  
De mi amor la eterna hoguera.

XL

De la aurora a los fulgores  
Cruzaba el jardín hermoso,  
Cuchicheaban las flores;  
Yo pensando en mis dolores  
Caminaba silencioso.  
Las flores, que murmuraban,  
Con compasión me miraban:  
-«No aborrezcas anhelante  
A nuestra hermana, -gritaban,-Sombrío  
y pálido amante.»

XLI

Mi pasión desesperada  
Brilla en su lujo sombrío  
Como una historia arrancada  
Al Oriente, y relatada  
En una noche de estío  
Por un jardín caminaban  
Dos amantes: no sonaban  
Ni un rumor ni voz alguna;  
Los ruiseñores cantaban;  
Brillaba la casta luna.  
Ella se paró gozosa;  
A sus pies el caballero  
Hundió la frente orgullosa;  
Mas... vino el gigante fiero  
Y huyó temblando la hermosa.  
El doncel ensangrentado  
Al cabo rueda sin brío;  
El gigante se ha ocultado;  
Enterrad mi cuerpo frío,  
Y está el cuento terminado.

XLII

¡Cuánto me han hecho sufrir,  
Y llorar y padecer,  
Las unas con su cariño,  
Las otras con su desdén!  
Sobre mi pan y mi copa  
Derramaron el dolor,  
Las unas con su del precio,  
Las otras con su pasión.  
Mas la que con más tormentos  
Logró mi vida amargar,  
Ni despreció mis amores,  
Ni amor me tuvo jamás.

XLIII

Tu rostro, dueño adorado,  
Besa el estío brillante  
Con su fulgor sonrosado,  
Y en tu pecho, palpitante  
Está el invierno encerrado.  
Mas tal vez, pronto, bien mío,  
Como nada existe eterna,  
Extenderá el hado impío  
Sobre tu rostro el invierno,  
Sobre tu pecho el estío.

XLIV

Cuando a dos que se idolatran,  
Separa el destino adverso,  
Lloran y se dan la mano,  
Y suspiran sin consuelo.  
No lloraron nuestros ojos,  
Ni nuestros labios gimieron;  
Llanto y suspiros de pena  
Nos atormentaron luego.

XLV.

Hablaban del amor, problema eterno,  
Junto a una mesa, donde el té humeaba,  
Haciendo de él, estética los hombres,  
Sentimiento las damas.  
«Siempre el amor platónico ser debe.»  
Dijo con calma el flaco consejero;  
La consejera suspiró al oírlo,  
Mientras huyó un suspiro de su pecho.  
Entre bostezos murmuró el canónigo:  
«El amor sensual es vil pecado  
Que el alma pierde y la salud destroza.»  
«¿Por qué?» pensó la joven entretanto.  
«¡Ay! -dijo la Condesa- amor fue siempre  
Pasión que eleva al infinito el alma.»  
Y después al Barón, tierna y amable,  
Con cortesía presentó una taza.  
Aun quedaba un lugar junto a la mesa,  
Y faltabas, bien mío,  
Tú, que también tus sabias opiniones,  
Tal vez, sobre el amor, hubieras dicho.

XLVI

Están envenenadas mis canciones,  
¿Cómo no, vida mía?  
Tú el veneno has vertido  
Sobre la flor hermosa de mi vida.  
Están envenenadas mis canciones,

¿Y cómo no, bien mío?  
Serpientes mil mi corazón enlazan,  
Y en él vas tú además, dueño querido.

#### XLVII

Volví a soñar bajo los altos tilos;  
Hermosa noche estábamos,  
Y de amor y de dicha en el exceso,  
Fidelidad eterna nos jurábamos.  
Seguía la promesa a la promesa  
Entre ósculos ardientes;  
Porque yo no olvidase un juramento,  
Señalaste mi mano con tus dientes.  
¡Oh! Dulce bien de los azules ojos  
Y blanca dentadura,  
El juramento, a mi entender, bastaba;  
Sobraba, a no dudar, la mordedura.

#### XLVIII

A la cumbre subí, y ardió en mi pecho  
Sentimental locura:  
-Si un pájaro yo fuese,-Exclamé  
suspirando con ternura,  
Si fuera yo la golondrina errante,  
Hacia tí volaría,  
Y mi pequeño nido  
De tu ventana en la cornisa haría.  
Hacia tí volaría niña hermosa,  
Si fuera ruiseñor,  
Y en la enramada oyeras  
De noche las canciones de mi amor.  
Y si un canario fuese, también, loco,  
Hacia tu corazón volando fuera,  
Que sé, mi bien, que los canarios amas,  
Y que te alegra su canción parlera.

#### XLIX

Lloraba porque en sueños  
Te contemplaba muerta;  
Despierto al fin me ví, copioso llanto  
Surcaba ardiente mis mejillas yertas.  
Lloraba porque en sueños  
Ví que me abandonabas;  
Después de despertar, aun mucho tiempo  
Vertí en silencio lágrimas amargas.  
Lloraba porque en sueños  
Miré que aun me querías;  
Desperté, y el torrente de mis lágrimas  
Aun corre por mis pálidas mejillas.

L

Todas las noches, en mis tristes sueños,  
Sonriendo te miro,  
Y caigo, amante, suspirando loco  
Ante tus pies queridos.  
Me miras con tristeza, sacudiendo  
Tu cabecita rubia,  
Y por tus ojos de tu amargo llanto  
Corren las perlas húmedas.  
Y me dices muy bajo una palabra,  
Y de rosas me entregas blanco ramo,  
Y al despertar el ramo ya no existe  
Y la palabra aquella he olvidado.

LI

Revuelve el viento la lluvia  
De la noche entre las sombras:  
¿Qué hará el ángel de mi vida?  
¿Qué hará mi amor a estas horas?  
Yo la veo en su ventana  
Llenos los ojos de llanto,  
Sus pupilas celestiales  
En las tinieblas clavando.

LII

La selva azota viento penetrante;  
Muda la noche tiende su sudario;  
En capa gris envuelto, palpitante  
Cruzo a caballo el bosque solitario.  
Mis locos pensamientos bulliciosos  
A mi corcel le sirven de avanzada,  
Y ligeros me llevan, y gozosos,  
Hasta el rico palacio de mi amada.  
Ladran los perros con inquieto brío;  
Con antorchas los pajes aparecen;  
Subo, y sobre el marmóreo graderío  
Mis espuelas sonando se estremecen.  
En cámara de luces adornada,  
Entre un ambiente tibio y perfumado,  
Mi dulce bien espera mi llegada,  
Y entre sus brazos caigo enamorado.  
En tanto, el viento lúgubre murmura  
Entre las ramas de la vieja encina:  
«¿Dónde vas, paladín de la locura?  
¿Dónde tu loco sueño te encamina?»

LIII

De su luciente morada  
Se ha desprendido una estrella;

El astro de los amores  
Que desciende hasta la tierra.  
De los bosques se desprenden  
Blancas flores y hojas secas,  
Que arrastran regocijados  
Los vientos en su carrera.  
Canta el cisne en el estanque  
Y de la arilla se aleja;  
Calla su voz, y en las aguas  
Su fosa líquida encuentra.  
Huyeron hojas y flores;  
Todo es silencio y tinieblas;  
El astro se hundió en el polvo;  
La voz de cisne no suena.

LIV

Un sueño me ha trasladado  
A un castillo gigantesco,  
Donde, entre tibios vapores  
Y fulgores y destellos,  
Muchedumbre abigarrada  
Invadía con estruendo  
El laberinto confuso  
De ricos compartimientos.  
Buscaba la turba pálida  
La salida, con anhelo,  
Retorciéndose las manos  
Y con angustia gimiendo.  
Se mezclaban con la turba  
Las damas y caballeros,  
Y yo mismo me vi pronto  
En aquel tumulto envuelto.  
De pronto me encontré solo,  
Y me pregunté en silencio  
Cómo pudo aquella turba  
Desvanecerse tan presto.  
Corrí; crucé desalado  
Intrincados aposentos  
Que a mi vista se extendían  
En laberinto siniestro.  
Eran cada vez mis pasos  
Más pesados y más lentos;  
Invadía helada, triste,  
Fría angustia mi cerebro,  
Y de hallar una salida  
Ya dudaba en mi despecho.  
Veo al fin la última puerta  
Abrirla anhelante intento;  
¿Mas quién ¡oh Dios! me detiene

Cuando salvarme deseo?  
Era mi amada, que estaba  
Ante la puerta en silencio,  
Con el suspiro en los labios  
Y en la frente el desconsuelo:  
Volví hacia atrás, que me hacía  
Su mano signo siniestro;  
Pero ¿era aviso o reproche?  
No podía comprenderlo.  
Brillaba en sus claros ojos  
Tan dulce y amante fuego,  
Que aceleró sus latidos  
Mi corazón en el pecho.  
Y mientras que me miraba  
Con aquel aire severo,  
Mas tan lleno de dulzura  
Y amor, me encontré despierto.

LV

En noche fría y triste, paseaba  
Por el bosque sombrío mi tristeza,  
Y el árbol que a mi paso despertaba,  
Compasivo inclinaba la cabeza.

LVI

Yacen bajo la tierra los suicidas,  
Al final de la negra encrucijada,  
Y allí crece una humilde florecilla.  
La flor azul del alma condenada.  
Era la noche silenciosa y muda;  
Llegué a la encrucijada suspirando;  
Ante el fulgor de la amarilla luna  
Aquella flor azul miré oscilando.

LVII

Me envuelve la sombra oscura,  
Desde que tus ojos bellos  
No alumbran con sus destellos  
Mi camino de amargura.  
Del amor y la alegría  
No veo el astro brillante;  
Tengo el abismo delante;  
Trágame, noche sombría.

LVIII

Plomo en mi boca, en mi pupila sombra,  
La mente entorpecida,  
Y el corazón cansado,  
En el fondo de un féretro gemía.  
Después de haber dormido mucho tiempo

Se despertó mi alma.  
Me pareció que oía  
Alguno que a mi tumba se acercaba.  
-«¿No quieres levantarte, Enrique mío?  
El día eterno brilla,  
Los muertos ya se alzaron,  
Comienza al cabo la perpetua dicha.  
-No puedo levantarme, amada mía;  
Mírame bien, soy ciego;  
Tanto por tí he llorado,  
Que al fin mis ojos se quedaron secos.  
-Enrique, con mis besos, de tus ojos  
Ahuyentaré la noche;  
Es preciso que veas  
Los ángeles y el cielo y los fulgores.  
-No puedo levantarme, amada mía;  
La herida que tu lengua  
Abrió en mi pecho amante,  
Aun mana sangre y permanece abierta.

-Sobre tu corazón tan sólo, Enrique,  
Apoyaré mi mano  
No manará más sangre;  
De aquella herida quedarás curado.  
-No puedo levantarme, amada mía:  
Tengo herida la frente;  
Una bala de plomo metí en ella  
Cuando me enloquecieron tus desdenes.  
-Enrique, con los bucles de mi pelo  
Yo cerraré tu herida,  
Restañaré tu sangre  
Y volverá a tu pecho la alegría.»  
No pude resistir; era tan dulce  
La voz que me llamaba,  
Que quise levantarme  
Y correr al encuentro de mi amada.  
Y se abrieron de pronto mis heridas,  
Y la sangre mis sienes y mi pecho  
Anegó en turbulentas oleadas,  
Y desperté llorando de mi sueño.

## Epílogo

Enterrar quiero mis cantos,  
Quiero enterrar mis quimeras;  
Féretro insondable quiero,  
Fosa necesito inmensa.  
Ha de guardar muchas cosas

El ataúd bajo tierra;  
Quiero que tenga más fondo  
Que el tonel de Heidelberga.  
Buscadme féretro duro,  
De planchas fuertes y espesas,  
Aun más largo que el gran puente  
Que hay sobre el Rhin en Magencia.  
Y buscad doce gigantes  
De más vigor y más fuerza  
Que el enorme San Cristóbal  
Que hay de Colonia en la iglesia.  
Que lo arrojen al profundo  
Seno de la mar inmensa;  
Que tal ataúd, tal fosa  
Es necesario que tenga.  
¿Sabéis ¡ay! por qué es preciso  
Que enorme el féretro sea?  
Porque en él enterrar quiero  
Mis amores y mis penas.